

de sus críticos «exacerbados», que al apostar a un solo paño contribuyen a que algún que otro candoroso crea que este infierno de la guerra de bloques es una película de buenos y de malos y, en la contemplación de esa película, que falsea a la Historia, deje petrificarse a su moral. Sobre la distinción entre dos formas de violencia: cuando ambas son mortales, yo creo que lo más indicado es preguntar su opinión a las viudas. Que la violencia de Estado puede ser más abundante y más terrible que la otra, es cosa que el propio Sábato ha dicho por escrito, allí, en Argentina (18). Sobre el famoso «almuerzo con Videla»: nunca he sabido bien de qué le acusan; parece que de golpista o de gorila; tal vez, de no haberse hecho encarcelar o asesinar; lo primero es infame, lo segundo es algo que, al parecer, no es compartido por el pueblo argentino, que quiere conservarlo porque lo respeta y lo ama. Qué ocurriera de turbio, de punible, durante aquel almuerzo, es cosa difícil de saber, menos aún desde el exilio, y menos aún cuando ninguno de los cuatro asistentes (Sábato, Borges, el presidente de la SADE, Esteban Ratti, y el P. Leonardo Castellani) ha declarado nada de donde pueda deducirse que alguno de los cuatro fuese allí un malnacido. Lo que declaró el P. Castellani es que él, personalmente, interpeló a Videla sobre la situación del desaparecido Haroldo Conti. Lo que Sábato ha dicho es que acudió «ante Videla para protestar por la desaparición de Antonio Dibenedetto, entre otros tantos desaparecidos, y para denunciar la caza de brujas» (véase nota 2): con lo que el lector queda obligado a elegir entre la palabra de Sábato y la de quien no estuvo allí. El «carácter *eminentemente* metafísico» de Sábato: no sé si ha sido aplicada esa frase como descalificadora; en realidad, significa un elogio. En todo caso, en lo que atañe a Sábato, la palabra eminencia es congruente. Y en cuanto a su discurso, que destila un fondo «plagado de anticomunismo», ¿qué agregar en estas páginas que ya han tocado repetidamente este tema? Quizá una sola cosa: hasta ahora, he comentado —y apoyado— las críticas de Sábato a la URSS y sus criados, acudiendo tan sólo a razones morales, sociales y políticas; hay, además, razones que incumben a la ciencia y a la estética: «En el primer número de *Literatura Soviética*, el crítico Kemenov enjuicia el arte 'burgués' como un triunfo del misticismo, la subconsciencia y la paranoia, agregando: 'Pasarán los años y las generaciones venideras que, al estudiar la historia de la cultura en la época del imperialismo, tengan que trabar conocimiento con la

---

(18) Y aquí, en Madrid, elogia a «esta ejemplar democracia española que combate el terrorismo con los tribunales que caracterizan un sistema de derecho, lo que lamentablemente no ocurre en mi país». (*El País*, 10 de octubre de 1981).

obra de Picasso y Sartre, de Henry Moore, Joan Miró y otros por el estilo, invitará a un psiquiatra y no a un crítico de arte para que sistematice su producción. Pero hoy, para vergüenza de la humanidad, son aceptadas como grandes manifestaciones estas obras degeneradas de la pintura y la escultura. El arte soviético se desarrolla por el camino del realismo socialista, genialmente definido por J. Stalin. Y ha sido este camino el que ha permitido a los artistas soviéticos crear un arte avanzado, íntegro, socialista por su contenido, nacional por su forma, en la grandiosa época stalinista'» (19). Amén. Suponer mala fe a esta cita por provenir de la época stalinista, y no de hoy, no sería un argumento, ni siquiera una digresión, sino tan sólo una falacia. Las consignas estéticas siguen siendo las mismas. En cuanto a los psiquiatras estatales, que en los tiempos stalinistas parecían convidados a juzgar a Sartre y a Picasso, a Henry Moore y a Joan Miró y similares perturbados, sabemos a qué son destinados en la más preclara actualidad: a martirizar disidentes; a inventarle cobertura científica a la macabra tarea de bautizar y tratar como perturbación mental lo que es desobediencia, disidencia: en fin, oposición. Con respecto al stalinismo, en febrero de 1978 «seis mil personas, en su gran mayoría militares, aplaudieron calurosamente el nombre del 'camarada Stalin', al ser pronunciado por el mariscal Dimitri Ustinov, en el Palacio de Congresos del Kremlin (...). La televisión soviética transmitía en directo a todas las repúblicas esta celebración» (20). En la práctica, han cambiado poco las cosas. Hace muy poco más de un año, dirigentes comunistas italianos opinaron que «globalmente, la política exterior de la URSS y los países del Pacto de Varsovia no se distingue en nada de la política exterior de Estados Unidos y la OTAN»: la *Pravda* los llamó *blasfemos* (21). Con la Iglesia hemos dado, Sancho. ¿Cómo no habría de producir algún texto «plaga-

---

(19) *Apologías y rechazos*, pp. 150-51. En torno al perturbado Sartre, Sábato escribió, hace quince años, unas páginas que cuestionan algunos postulados del pensador francés. Era un cuestionamiento que significa un diálogo, no una descalificación. En ese trabajo («Sartre contra Sartre») escribe Sábato: «... aun antes de juzgar su tesis me inclino respetuosamente ante un hombre que no sólo constituye uno de los testimonios más representativos de nuestro tiempo por su lucidez, sino también por su coraje. Atacado e insultado por los comunistas cuando levantó su voz contra sus estupideces y sus atropellos, atacado e insultado por los anticomunistas cuando se ha pronunciado por los pueblos oprimidos, Sartre ha mostrado invariablemente su independencia de criterio y ha constituido un ejemplo de lo que debe ser un escritor: un testigo insobornable.» Reproduzco estas frases no sólo para enojar al fantasma de Kemevov, sino también porque, obviamente, tras servirle a Sábato para elogiar a Sartre, nos sirven a nosotros para dibujar un perfil del propio Sábato. El ensayo a que pertenecen puede ser leído en una antología llamada *Itinerario*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, p. 245.

(20) *El País*, Madrid, 23 de febrero de 1978, p. 3. Firma la información, desde Moscú, Ismael López Muñoz.

(21) *El País*, Madrid, 26 de enero de 1982, p. 2. Informa Félix Bayón, desde Moscú.